

SOCIOLOGÍA DE LOS BARRIOS POPULARES DEL CENTRO DE LIMA, SIGLO XX

ALDO PANFICHI

El crecimiento y la transformación de Lima durante la segunda mitad del siglo XX han llamado la atención de numerosos académicos de varias disciplinas. Podríamos decir incluso que es uno de los periodos más estudiados de la historia de esta ciudad. La bibliografía es sólida y extensa, aunque dominada por temas vinculados a la gran migración interna, la construcción de la ciudad desde las invasiones, las barriadas, los conos, hasta la Lima Norte o Lima Sur de nuestros días. Es una bibliografía que mayormente reivindica la acción social y la voluntad política de actores sociales que desde los márgenes de la ciudad la transforman completamente.

En esta lectura, los pobladores de los barrios y distritos populares ubicados en el área central de Lima han sido ignorados casi por completo. Conocemos muy poco sobre ellos en la segunda mitad del siglo XX; solo existen algunos trabajos valiosos pero escasos (Patch, 1961, 1967); incluso, en este vacío predomina la idea de la literatura internacional de la cultura de la pobreza, que señala que estas son áreas de decadencia y desesperanza (Eckstein, 1990). Se trata de lugares donde vive una población envejecida, desempleada o dedicada al cachueleo, de vagabundos y vendedores de drogas o criminales de poca monta (Portes, 1972). Son personas orientadas al individualismo, políticamente reaccionarias y poco propensas a la organización vecinal y la acción colectiva.

En el Perú, esta idea ha sido asumida acríticamente, pues se afirma que los residentes de estas áreas descenden de los viejos sectores populares limeños, un tipo de mestizaje criollo costeño con poca disposición al esfuerzo y el trabajo individual y colectivo (Tapia, 1991; Golte & Adams, 1987). Estas personas serían, entonces, un segmento rezagado por las grandes transformaciones sociales y económicas de las últimas décadas, por lo que la pobreza los tiene atrapados por generaciones al no contar con los recursos personales y sociales para escapar de ello.

Este trabajo cuestiona estas *prenociones* y busca contribuir con el conocimiento de las características particulares de estos barrios y distritos del centro de la ciudad. Para ello, analiza su composición demográfica, los tipos de familias y redes que lo habitan y el peso del inquilinato en las viviendas mayormente colectivas.

Al tomar como estudio de caso la zona de Barrios Altos y en particular el barrio del jirón Junín, este trabajo propone una interpretación distinta: los barrios populares del centro de Lima pueden ser definidos como espacios de emigración, pero de ninguna manera de desesperanza y camino a la desaparición. La emigración de un sector de la población implica la renovación permanente de los núcleos familiares que poseen el uso o usufructo de las viviendas colectivas, mayormente en situación de alquiler por generaciones. Hay distintas estrategias de ocupación de las viviendas de alquiler, que se concretan a través de redes de parientes y amigos cercanos. Debido a las limitaciones y características de las viviendas colectivas, las familias son pequeñas, pero sus redes extensas y con una intensa vida social callejera. Lo que muchos observadores externos denominan «anomia» es en realidad la disputa de bienes escasos por parte de redes de amigos y vecinos. No habría, por tanto, desgano sino una dura y vital lucha por la sobrevivencia en un entorno encapsulado.

LOS BARRIOS ALTOS

La zona conocida como Barrios Altos (en adelante, BA) es un conjunto de barrios populares de origen colonial ubicados en el centro histórico de la ciudad de Lima. En términos generales, comprende los barrios: el Cercado, Santo Cristo, Cinco Esquinas, Junín, Cocharcas, Chirimoyo, Santa Clara, la Huerta Perdida, entre otros. Estos se ubican alrededor de iglesias y pequeñas plazuelas coloniales —con la sola excepción de la Huerta Perdida—, y se formaron paulatinamente entre la segunda mitad del siglo XVII y fines del siglo XIX. Durante buena parte de su historia, BA fue lugar de residencia de diversos grupos étnicos y nacionales (negros, indígenas, chinos, españoles e italianos), pero también de coexistencia entre sectores ricos y pobres de la ciudad. Así, junto a las mansiones de las élites concentradas en las calles cercanas a la Plaza de Armas, se ubicaban numerosos callejones, quintas y casas de vecindad donde se hacinaban esclavos, libertos, comerciantes y trabajadores domésticos.

Sin embargo, con la modernización temprana de la ciudad, ocurrida a inicios del siglo XX, la heterogeneidad social de BA disminuyó significativamente con el traslado de las familias de mejor condición económica a nuevos distritos y balnearios exclusivos, al sur de la ciudad y en los bordes del océano Pacífico. Los pobres y las clases medias empobrecidas permanecieron en el centro, ocupando y subdividiendo callejones y casonas abandonados por los sectores altos. A ellos, pronto se unen migrantes de sectores medios de ciudades intermedias y pueblos

vinculados mercantilmente con el mercado limeño, que al llegar a la capital, por razones de trabajo o estudio, buscan vivienda en el centro de la ciudad. Todo esto presiona por una mayor demanda de viviendas populares, que es satisfecha por los propietarios en retirada con una mayor subdivisión de las viejas casonas de origen colonial y republicano y la construcción, con fines de renta, de numerosos callejones y casas de vecindad. De esta manera surge el *tugurio*, es decir, la vivienda popular con altos índices de hacinamiento resultado de la estrategia rentista de las familias e instituciones propietarias de estos predios (Panfichi, 1995).



Rio Huatica, Barrio de Santa Clara (Barrios Altos), 1920 Archivo PUCP

En estos mismos años surgen otras alternativas de vivienda, con la aparición de las primeras empresas privadas inmobiliarias que urbanizan terrenos que rodean el viejo centro histórico de la ciudad, gracias a lo cual surgen nuevas áreas residenciales e industriales que luego se convertirían en distritos como La Victoria, Breña, Lince y urbanizaciones como Santa Beatriz. Este es el caso de La Victoria, que aparece como el primer esfuerzo de urbanización privada, pero los altos precios de los terrenos y la ausencia de servicios básicos desanimaron la mudanza de muchos vecinos del cercado de Lima.

En 1921, sin embargo, el gobierno promulgó la ley 4226, que detiene el incremento de los alquileres de las casas de vecindad, para proteger a los inquilinos de potenciales desalojos. Si

bien esta ley sirvió para controlar los alquileres, también aceleró el hacinamiento y la tugurización de callejones, solares y casas de vecindad del centro de la ciudad. Con los alquileres congelados, hubo poco interés en mudarse a otras áreas. Sin embargo, las condiciones de vida de estas viviendas eran cada día peores¹. Por eso, a partir de 1949, y en aplicación de un plan regulador de la ciudad, se demolieron varios callejones considerados insalubres (Collier, 1978).

En estos mismos años surgen las primeras barriadas producto de invasiones y ocupaciones de terrenos en los cerros del Rímac, El Agustino y en las dos riberas del río Rímac. Centenares de invasores tomaban por la noche terrenos públicos y levantaban sus chozas, instalando una pequeña bandera peruana. Por lo general, eran repelidos por la policía, pero volvían a tomar los terrenos hasta que el gobierno les permitía permanecer en estos. Entre las barriadas representativas de este periodo se tiene a Tarma Chico (1949), El Altillo (1950) y Mariscal Castilla (1954), en cerros de propiedad pública del Rímac. Otras barriadas son Concentración Santoyo (1949), Ancieta Alta (1950) y Ramón Cárcamo (1951). Sobre propiedad privada son las barriadas Doña Isabel o Independiente, en El Agustino (1953 y 1954). Mención especial merecen las barriadas 27 de Octubre o Urbanización Perú, que dieron lugar a la creación del distrito de San Martín de Porres.

La difusión de las barriadas ocurrió en paralelo con el descenso relativo del número de personas que habita los viejos barrios y distritos del centro de la ciudad. En términos demográficos, en 1955 la Oficina Nacional de Planeamiento Urbano (ONPU) estimó en 298 900 los habitantes en tugurios (Chirinos, 1996), 24,5% de la población total de la ciudad. En 1961, según Harris (1963, p. 48), la población de los tugurios se elevó, hasta cubrir el 31% de la población total (495 000 habitantes), para caer un poco en 1967 a 488 648 habitantes (ONPU, citado por Driant, 1991, p. 95). No obstante, continúa siendo un sector de la población importante.

No es casual, entonces, que en 1979 el gobierno militar de Velasco Alvarado, en su política de reconocimiento del derecho a la vivienda de los pobres, promulgara el decreto ley 21938,

¹ Véase, por ejemplo, los trabajos de medicina social compilados por Carlos E. Paz Soldán (1957) sobre los callejones de La Victoria, Barrios Altos y el Rímac. En ellos, uno puede enterarse de cosas como que una ducha era compartida por 162 personas.

llamado la Ley del Inquilinato, que establece la protección del inquilino mediante alquileres congelados y prórrogas automáticas de los contratos. Con esta medida, se reafirmó la vigencia de la política de protección al inquilino que distintos gobiernos han mantenido vigente durante casi todo el siglo XX, solo para ser modificada en 1991 por el gobierno de Fujimori. En efecto, ese año, el gobierno promulgó la Ley de Promoción de la Inversión Privada en Predios de Arrendamiento (decreto ley 709), que liberalizó los contratos de alquiler de las viviendas para dejarlas en el mercado de la oferta y la demanda, y acabó con las políticas de protección al inquilino, vigentes hasta ese momento.

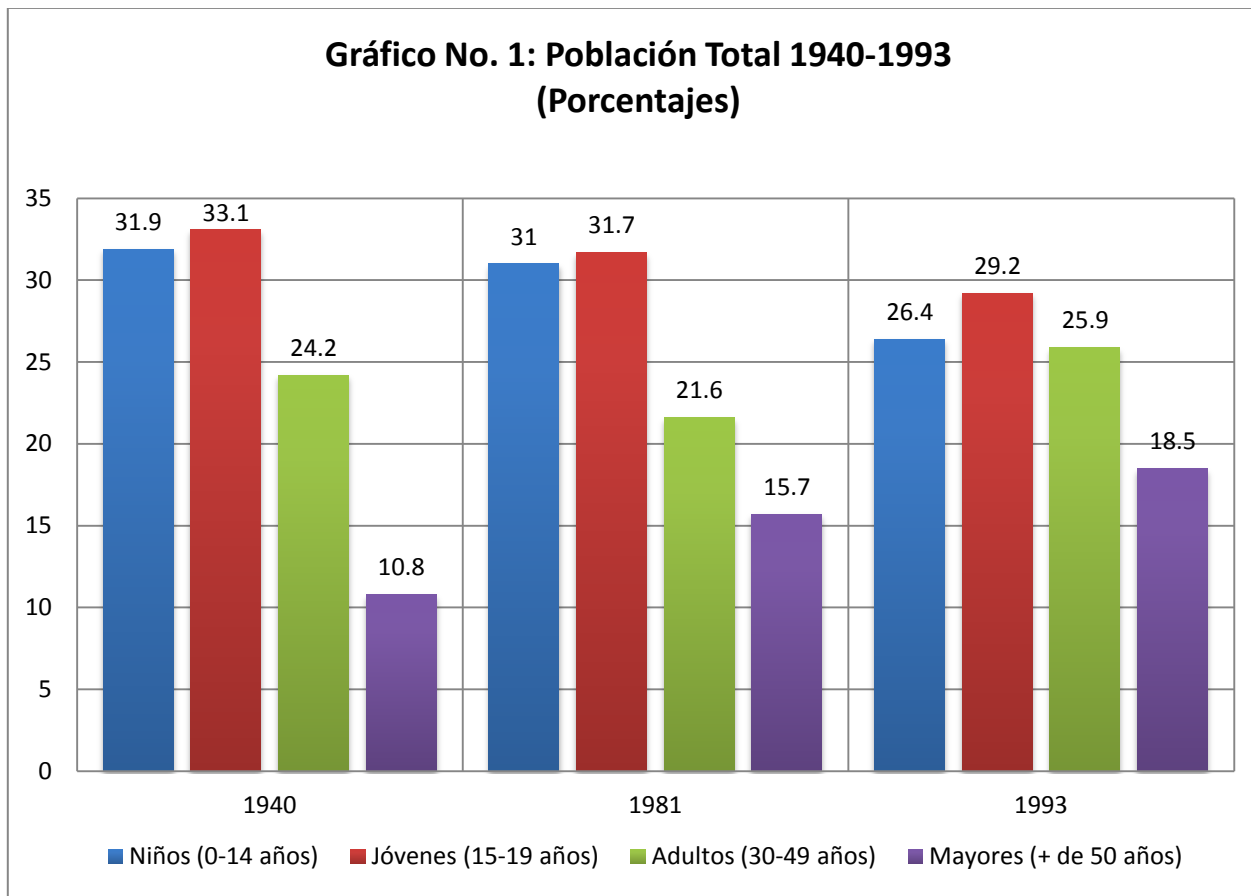
Estancamiento demográfico

Como sabemos, Lima, en la segunda mitad del siglo XX, creció desmesuradamente y se transformó en una ciudad laberíntica y sobrepoblada. La ciudad criolla que describimos anteriormente (Panfichi, 1995) cambió radicalmente, y ha dado lugar a un extenso conglomerado que, en forma desordenada, combina diversos núcleos urbanos con áreas y funciones diversificadas. En este conglomerado laberíntico, el centro histórico y los distritos centrales pierden el monopolio de la función de centro económico, político y cultural del país, en favor de nuevos centros ubicados en los nuevos suburbios de las clases medias y altas, así como en la otrora periferia popular, hoy llamada Lima Norte, Lima Sur y Lima Oeste.

En efecto, según los censos disponibles, Lima pasó de 601 796 habitantes en 1940 a 6 345 856 en 1993. Se estima que en 1999 la ciudad tenía 7 349 535 habitantes (INEI, 1997). En ese mismo periodo, sin embargo, los datos censales de las manzanas que corresponden a los viejos barrios populares del Centro de Lima muestran una situación de estancamiento demográfico, con una tasa de crecimiento anual cerca de 0%. Un crecimiento demográfico nulo que contrasta fuertemente con el dinamismo general de la ciudad. Al respecto, es pertinente señalar que en 1940 toda el área que se conoce como Barrios Altos tenía una población de 76 100 habitantes. Cinco décadas más tarde, en 1993, la población es casi la misma: 79 897 habitantes.

El estancamiento demográfico tendría su origen en la convergencia de dos procesos. El primero, en el cambio del uso del suelo de las zonas de BA limítrofes con el centro histórico de la ciudad, especialmente en los alrededores del Mercado Central y el Congreso de la República. En estas zonas, la función propiamente residencial ha disminuido frente al incremento de oficinas administrativas y locales comerciales. Por ejemplo, según el Instituto Nacional de

Desarrollo Urbano (1983), entre 1960 y 1980, cerca de 150 hectáreas del Cercado de Lima han sido demolidas para construir estacionamientos vehiculares y edificios de departamentos u oficinas. Sin embargo, en estas zonas no se han construido edificios de departamentos para sectores medios, ya que la «mala fama» de ser un lugar peligroso por la delincuencia y el tráfico de drogas dificulta la llegada de compradores «foráneos», al mismo tiempo que la oferta de compradores locales es muy reducida debido a la poca capacidad económica de la población. A esto también hay que agregar los desalojos y el derrumbe de viejos solares que disminuyen la oferta de viviendas de muy bajo costo.



Fuente: Censos Nacionales de Población y Vivienda, 1994, 1981, 1993.

El segundo proceso es un movimiento lento pero sostenido de emigración de un sector de su población. Se trata, sobre todo, de una emigración económica o de búsqueda de mejores

condiciones de vida. A favor de esta explicación abona el hecho de que las estructuras de sexo y edad de la población de BA, según los censos de 1940, 1981 y 1993, revelan que el descenso demográfico no se debe exclusivamente a una drástica caída en las tasas de fecundidad, ya que los niños y adolescentes menores de 14 años continúan siendo alrededor de un tercio de la población. En efecto, en 1940 fueron el 31,9%; en 1981, el 30,9%; y en 1993, el 26,4% del total de la población.

Si los datos sugieren que la natalidad aún se mantiene activa ya que los niños y adolescentes continúan siendo un sector importante de la población, y al mismo tiempo la tasa de crecimiento global es cerca de cero, esto significa que la presión por el incremento demográfico producido por el mantenimiento de los niveles de fecundidad es neutralizada por la pérdida lenta, pero sostenida, de un sector de su población. De acuerdo con tal razonamiento, el incremento vegetativo de la población habría tenido como contraparte la emigración de uno de sus sectores. Así, producto de ambos movimientos en sentido opuesto, se habría producido el estancamiento demográfico que revelan las cifras.

Como tendencia general, la emigración debe haber afectado a todos los grupos de edad, aunque algunos datos —y sobre todo información proveniente de entrevistas y observaciones etnográficas realizadas por nosotros— sugieren que son jóvenes de ambos sexos los más propensos a emigrar y que toda mejora económica se sanciona «simbólicamente» con la movilidad residencial. Al respecto, una tesis sobre el emergente distrito de Los Olivos muestra que este es un lugar de llegada de los vecinos de BA con posibilidad de movilidad social (Osorio, 2005). Sin embargo, como veremos luego, mudarse no significa «abandonar» el barrio sino transferir la vivienda a otros familiares y conservar el «derecho» de visitar regularmente a los amigos y ocasionalmente ocupar parte de la vivienda.

Junto al estancamiento demográfico, hay un aumento de la población en condiciones de dependencia económica que se expresa en las familias y en las redes sociales de BA como veremos luego. En efecto, en 1940 existía una población en edad laboral de 53 813 personas, de las cuales, la población económicamente activa (PEA) era el 54,4%. Cuarenta años después, en 1981, la población en edad laboral era de 61 494 y la PEA, el 50,8% de ella. Finalmente, en 1993 la población en edad de trabajar era de 58 808 personas y la PEA, el 49,6% de ella. La reducción paulatina, pero sostenida, de la PEA en las últimas décadas significa un aumento en el número de personas económicamente dependientes, que pasan del 45,6% de la fuerza

laboral en 1940 a 50,4% en 1993. En otras palabras, más del mitad de la población de BA está actualmente en situación de dependencia económica y, por tanto, con una mayor vulnerabilidad de vida. Estas son, sobre todo, mujeres desempleadas y dedicadas a las tareas del hogar, jóvenes y niños en edad escolar y jubilados.

**Cuadro 1. PEA ocupada por categoría ocupacional
(porcentajes)**

	1981	1993
Trabajadores	23.9	18.1
Empleados	44.5	45.2
Trabajadores independientes	26.9	27.1
Empleadores	1.6	3.3
Trabajadores familiares no remunerados	0.5	3.7
Trabajadoras del hogar	2.6	2.5
TOTAL	100	100

Fuente: Censos Nacionales de Población y Vivienda, 1981, 1993.

Respecto a la población ocupada, BA muestra un patrón ocupacional dominado por el trabajo asalariado (obreros y empleados), que se corresponde con la modernización del Estado y la economía de los años sesenta y setenta del siglo pasado. Llama la atención que en un contexto de informalización general de la economía urbana, la población ocupada se concentre en ocupaciones asalariadas. De estas, destacan los empleados (44,5% en 1981 y 45,2% en 1993) y, en menor medida, los obreros (23,9% en 1981 y 18,1% en 1993). La importancia de los empleados y el registro etnográfico realizado sugieren que un sector de la población adulta de los BA se benefició del crecimiento de la administración pública de las décadas precedentes. La cercanía de BA al viejo centro administrativo y comercial de la ciudad es un factor residencial atractivo para un sector de empleados públicos de baja calificación.

De otro lado, durante esos años se observa que en BA mantiene su importancia el trabajo independiente con el 27% de la población ocupada. Esto se explica, en parte, por varias

características del entorno urbano: en primer lugar, por su ubicación en el centro, la población se encuentra cerca de núcleos muy activos de comercio minorista (Mercado Central, Manzanilla, Buenos Aires, Polvos Azules), que constituyen lugares donde se puede encontrar alternativas ocupacionales inmediatas; en segundo lugar, existen en el área —o muy cerca de ella— numerosos establecimientos comerciales, ya sean educativos (academias, institutos), recreacionales (cines, bares y recreos) o religiosos (numerosas iglesias y dos cementerios), que son fuente de alguna forma de empleo.

Callejones, quintas y casas de vecindad

La estructura residencial de BA a fines del siglo XX se caracteriza por numerosas viviendas de naturaleza colectiva (callejones, quintas, solares, casas de vecindad), donde familias mayormente nucleares viven en condiciones de precariedad y hacinamiento. La mayoría de estas viviendas son alquiladas a bajo precio o están en condiciones de usufructo por décadas o años (e incluso generaciones), sin que exista claridad sobre sus propietarios. En los últimos años se observa, sin embargo, un lento pero sostenido incremento de viviendas independientes y un número cada vez mayor de propietarios.

La importancia de las quintas, callejones y casas de vecindad es una característica histórica de BA. Según el temprano censo de 1908, los callejones y casas de vecindad eran el 16,6% del total de viviendas de BA, pero allí residía el 60,8% de la población. Son los años en que coexisten élite y plebe en un mismo espacio, como vimos en el acápite anterior. Varias décadas más tarde, en 1981, las viviendas colectivas se han incrementado y son el 79,5% del total. De ellas, el 58,5% son callejones, solares o quintas, y el 21% departamentos en edificios. Diez años después, en 1993, las cifras censales se repiten: el 70,6% de las viviendas son colectivas; el 53,8%, quintas, callejones y casas de vecindad; y el 16,8%, departamentos de edificios. En el periodo intercensal 1981-1993, además, se observa un minoritario pero sostenido incremento en el número de viviendas independientes que pasan del 19,3% en 1981 al 26,3% en 1993.

La centralidad de los callejones, quintas y casas de vecindades es resultado de las características históricas de la urbanización temprana de la zona. En efecto, como vimos anteriormente, BA concentra desde sus orígenes las viviendas populares de mayor antigüedad en la ciudad de Lima. Con el crecimiento demográfico y las migraciones tempranas de inicios del siglo XX, la presión por un mayor número de viviendas populares se resolvió, en parte, con la construcción

con fines de alquiler de un mayor número de quintas y callejones, y además con la subdivisión de viejas casonas que pasaron a convertirse en las llamadas *casas de vecindad*. Esto ha continuado en la segunda mitad del siglo XX con el surgimiento y expansión de los departamentos en edificios.

Cuadro 2. Tipos de vivienda, 1981 – 1993
(porcentajes)

	1981	1993
Vivienda independiente	19.3	26.3
Departamento en edificio	21	16.8
Quinta, callejón, casa de vecindad	58.5	53.8
Vivienda improvisada	0.1	1.8
No construida para vivienda	1.1	1.3
TOTAL	100	100

Fuente: Censos Nacionales de Población y Vivienda, 1981, 1993.

Esta última modalidad se desarrolló inicialmente en los años 1950 y 1960, pero se acentuó en las décadas siguientes, con la intervención de empresas inmobiliarias modernas. Esto dio lugar a que antiguas familias propietarias vendieran o se asociaran con otros inversionistas y pusieran sus inmuebles como aportes de capital para la construcción de edificios de departamentos de cuatro o cinco pisos. La mayor parte de estos edificios se concentran en las calles adyacentes a las avenidas Abancay y Grau, y no penetran en el corazón de BA, que está poblado de callejones, solares y casas de vecindad. En 1981, los departamentos de edificios eran el 21% de las viviendas de BA, y en 1993 caen al 16,8%. Este descenso se explica porque los propietarios, al no poder venderlos por falta de compradores, asustados por la mala fama de la zona, han impulsado el cambio del uso residencial al uso comercial de estos inmuebles, sobre todo de aquellas zonas más cercanas a puntos comerciales y administrativos del centro de Lima.

Las viviendas colectivas, cualquiera fuese su tipo particular, tienen en común la estrechez de sus ambientes, la mala calidad de los servicios urbanos básicos y el deterioro del hábitat, lo que

obliga a sus habitantes a desarrollar buena parte de su vida diaria fuera del hogar, en los pasadizos y calles comunes del barrio. Lo privado aquí es un bien escaso, ya que todo, hasta los aspectos más personales, son de conocimiento público. No existen datos generales, pero en 1996 un estudio del barrio de Cocharcas —uno de los barrios que forman BA— muestra que el 77% de las viviendas tiene un alto índice de hacinamiento, con una media estadística de 7,04 m² por habitante, siendo lo mínimo aceptable 10 m² por habitante (Harms y otros, 1996). Estos datos confirman los hallazgos de otra encuesta, realizada en 1974 en otro barrio, la Huerta Perdida, que muestra un índice de 9.09 m² por habitante (Salazar & López, 1975). El hacinamiento ocurre cuando la vivienda es habitada por un número de personas que superan largamente la capacidad para la cual fue construida.

Inquilinato

Una condición de suma importancia en cuanto a la vivienda en los barrios del centro es el extendido inquilinato. No existen series cuantitativas recientes para toda la zona, aunque, según el censo de 1940, el 90,9% de las viviendas de BA estaban en condiciones de alquiler². Sin embargo, sí existen evidencias del descenso en el número de viviendas alquiladas en BA, pero sin modificar de manera significativa la centralidad del inquilinato en estas áreas. Ello se deduce de una encuesta realizada por el Patronato de Lima en el barrio de Santa Clara (BA), que en 1990 encontró que el 87% de las viviendas estaban en condiciones de alquiler (Cabrera, 1991). A ello se agregan los datos de la encuesta que aplicamos en 1995 en el barrio Junín y que confirman la centralidad del inquilinato, ya que el 78,3% de las viviendas encuestadas estaban en esta condición.

El inquilinato en BA responde al carácter rentista que caracterizó la urbanización de Lima de inicios del siglo XX. En ese momento, la ciudad tenía pocos espacios libres al interior de su estructura urbana de origen colonial, para cobijar el incremento demográfico y los primeros movimientos migratorios. Frente a la creciente demanda por viviendas baratas, se acentuó el proceso de subdivisión de casonas, conventos y huertas con fines de renta, y también la construcción de callejones y otros tipos de viviendas colectivas o multifamiliares. Este es un proceso que se registra desde mediados del siglo XIX, pero que se enfatiza en las primeras

² Ese mismo año (1940), el 84,9% de las viviendas de Lima se encontraban en esta condición.

décadas del siglo XX. BA, además, tiene una estructura de propiedad inmueble en la que existe una fuerte presencia de la Iglesia católica, cofradías y hermandades religiosas, la Beneficencia Pública de Lima, la Universidad Nacional Mayor de San Marcos y el Estado.



Fotografía Marco Gamarra, Callejón en Barrios Altos

**Cuadro 3. Tenencia de vivienda
(porcentaje)**

	Santa Clara (1990)	Jr. Junín (1991)	Barrio Cocharcas
Propietarios	12	19.2	43
Inquilinos	87	78.3	57
Otros	1	2.5	0
TOTAL	100	100	100

Fuente: Censos Nacionales de Población y Vivienda 1981, 1993. Elaboración propia.

La condición de inquilino tiene, además, otras repercusiones. Familias que viven de este modo durante varias generaciones tienen alquileres a muy bajo costo, a lo que se suma que los propietarios muchas veces no son conocidos o son instituciones de caridad, situación que lleva al progresivo deterioro del hábitat por la inexistencia de inversiones de alguno de los actores involucrados en la relación propietario-inquilino. A cambio de la estrechez, malos servicios, pésimas condiciones de mantenimiento y la no propiedad de la vivienda que habitan, estas familias tienen alquileres tan bajos que no podrían conseguir en otro lugar; más aún, cuando las viviendas tienen la «ventaja» de estar ubicadas en el centro de la ciudad y cerca de lugares de comercio al menudeo, donde una fuerza de trabajo de baja calificación puede conseguir algún trabajo o «cachuelo» para sobrevivir.

Sin embargo, el inquilinato muchas veces está acompañado de una alta morosidad en los pagos. Según una encuesta y registro etnográfico realizados en 1997 por Marcel Dekker de la Universiteit van Amsterdam (Holanda), con el apoyo de la ONG CEPROMUR y la Universidad Nacional Federico Villareal, de 100 inquilinos y 14 pequeños propietarios de solares, quintas y callejones del barrio del jirón Junín (BA), el 41% de los inquilinos no paga el alquiler. Además, hay otro 21% que no está al día en sus pagos, lo que hace un total de 63% en condición de morosidad (Dekker, 1997). Hay que tener presente que estos datos provienen del mismo barrio donde nosotros trabajamos la encuesta de hogares y redes, que veremos en detalle más adelante.

Lo interesante es que hay un grupo de inquilinos —por lo general los más antiguos— que está acostumbrado a vivir gratis o pagar ocasionalmente. Los números son realmente impresionantes, más aún si los alquileres son de muy bajo costo, aproximadamente entre 10 y

50 dólares mensuales por una habitación con cocina y no siempre baño propio. Esta morosidad hace que los propietarios que viven en la zona, unos cuantos que han subdividido propiedades de origen familiar, enfrenten permanentemente una situación de tensión y conflicto con los inquilinos, la mayoría de los cuales accedieron a estas viviendas a través de redes de amigos o parientes y que se niegan o no puede pagar los alquileres.

La falta de pago es la razón por la que los pequeños propietarios privados o las instituciones dueñas de los inmuebles no hayan hecho durante décadas ningún tipo de mejora en ellas. Por ejemplo, el 31% de los inquilinos encuestados por Dekker en 1997 no tenían agua potable ni servicios higiénicos dentro de la vivienda, y el 9% no contaba con luz eléctrica propia. Estas carencias adquieren mayor relevancia si tenemos en cuenta que los servicios urbanos básicos se instalaron en la zona en las primeras décadas del siglo XX. Además, casi el 100% de estas viviendas tenían paredes, techos y pisos deteriorados.

Frente a esta situación, los inquilinos desarrollan «reparaciones» puntuales al hábitat afectado; algunas veces esto implica experiencias organizativas temporales o «momentos» colectivos en que los moradores se unen para una actividad determinada. También se hacen «mejoras», modificaciones mayores de la vivienda que buscan optimizar las condiciones de habitabilidad, por ejemplo, introducir servicios de agua y desagüe al interior de las viviendas o crear subdivisiones para crear mayor espacio útil. Estas actividades son menos frecuentes y suelen ocurrir cuando el inquilino siente que tiene mayores derechos o cuando la vivienda puede pasar a su propiedad (Chirinos, 1996). Los momentos colectivos aparecen y desaparecen en la vida de la comunidad, y solo cuando se articulan con procesos de cambio en la esfera económica o política algunos de ellos adquieren otras formas organizativas igualmente temporales, pero con un poco más de consistencia organizativa. Esto es precisamente lo que ocurrió en el barrio de Junín y que dio paso a las juntas vecinales de hoy, como veremos más adelante.

Las estrategias de ocupación de las viviendas de alquiler son diversas, pero todas se desarrollan a través de redes de parientes y amigos cercanos. Se trata sobre todo de regular o asegurar el ingreso a las viviendas colectivas de personas o familias de «confianza», para evitar a toda costa el ingreso de «extraños», lo cual refuerza la cohesión de dichas redes. Se busca, además, mantener el usufructo familiar del cuarto o pequeño departamento; así, cuando los beneficiarios iniciales se mudan, transfieren la vivienda en reserva mediante acuerdos informales a algún otro pariente necesitado. De esta manera, se encuentran familias con varias

generaciones de residencia en el barrio, aun cuando no son los mismos núcleos familiares iniciales. Otra estrategia recurrente es la consolidación de varios núcleos familiares y generacionales que habitan la misma vivienda colectiva. Esta situación, como veremos adelante, permite no solo un control familiar de la vivienda colectiva y los espacios comunes, sino también puede ser la base para la construcción de liderazgos políticos vecinales.

Como indica Chirinos (1996), los traspasos de los cuartos de alquiler entre parientes o amigos cercanos son situaciones atípicas respecto de cualquier otro patrón conocido, ya que por lo general están acompañados «de reservas de derecho de uso u ocupación parcial del inmueble» por parte del antiguo inquilino, quien argumenta razones laborales o de estudio para mantener ciertos derechos sobre el inmueble. Estas condiciones solo se explican por compromisos personales y familiares que operan culturalmente en un «mercado inmobiliario informal y donde las relaciones de propiedad son precarias».

Hogares familia y redes sociales

Buscando precisar cuánto hay de cierto en aquellas ideas bastante difundidas que señalan que los barrios de los centros históricos son comunidades de desesperanza, decadencia y apatía, presentamos a continuación un análisis de los hogares familia y redes sociales de uno de los barrios emblemáticos de BA. La historia local a la que nos hemos referido anteriormente ayuda a entender las características particulares de los hogares familia y las redes que estructuran la vida social en BA. Pero también son de suma utilidad los datos recabados por una encuesta de hogares y redes aplicada a 125 jefes de hogar residentes en callejones, quintas y solares, de las cuadras tal y cual del jirón Junín, en el corazón de BA. La encuesta se realizó en 1992, en el marco de una investigación para mi tesis doctoral, y parte de sus resultados son insumo de la presente sección (Panfichi, 2001).

Existe el consenso en las ciencias sociales de que los hogares familia constituyen la unidad básica de la sociedad por su papel en la reproducción material de la familia. También son los espacios más personales, donde las experiencias del barrio, el trabajo y la política son procesadas como una unidad, pues influyen en los caminos o acciones que toman sus miembros. El concepto de *hogar familia* que aquí se utiliza incluye dos condiciones complementarias: la primera toma en cuenta a todos los que habitan una misma vivienda, sin necesariamente tener algún vínculo de parentesco; la segunda asume que la existencia de varias

cocinas dentro de un hogar revela la existencia de núcleos familiares diferenciados. Como dice Torrado (1983), preparar los alimentos con recursos propios y de manera separada es un símbolo de la diferenciación familiar. Con estos criterios, y tomando en cuenta los distintos tipos de parentesco posibles, se ha podido identificar la composición familiar de los hogares en escrutinio.

Un primer resultado interesante es el tamaño de los hogares. El 44% de ellos son pequeños (menos de cuatro miembros) y el 32,8% medianos (cinco y seis integrantes): ambos concentran el 76,8% del total de hogares encuestados. El tamaño de los hogares está asociado a la composición familiar que los habita. En el barrio que estudiamos, la mayoría de las familias —el 53,6%— son de tipo nuclear, que por lo general son más pequeñas que otros tipos de familia, por lo que este hallazgo es coherente con el predominio de hogares pequeños y medianos en la muestra. Sin embargo, es también necesario anotar que el 26,9% de las familias nucleares son calificadas como «incompletas» debido a la ausencia de uno de sus cónyuges. En este caso, casi todas ellas tienen a una mujer como jefa de hogar; lo cual constituye un segmento particularmente duro de la pobreza femenina.

Las familias en 1993 están fuertemente arraigadas en el barrio a pesar de que las viviendas son mayormente de alquiler. En efecto, el 22,5% de las familias tiene más de 36 años de residencia en el lugar. Luego, otro 18,3% de familias reside en el barrio entre 26 y 35 años; el 30%, entre 16 y 25 años; el 20%, entre 6 y 15 años; y el 9,2%, entre 0 y 5 años. Esta distribución apoya la hipótesis de que hay un movimiento lento pero permanente de entrada y de salida de personas en el barrio, al punto que casi el 10% de los hogares encuestados son «nuevos» (0-5 años).

Es probable que este movimiento de entrada y salida del barrio no afecte la continuidad por décadas de una misma parentela en el lugar. Como vimos en el acápite anterior, hay numerosos casos de traspasos o transferencias informales del usufructo de la vivienda en condición de alquiler precario a otros miembros de la familia. Cuando una familia crece o alguien se va del hogar, se transfiere la vivienda o parte de ella a un pariente cercano, incluso es posible retener algunos «derechos» sobre parte de ella o su uso en ciertas ocasiones. De esta manera, hay una continuidad de «la familia» a través de la renovación generacional de los núcleos familiares. Esta idea se refuerza cuando comprobamos que hay jefes de hogar —es decir, aquellas personas que cumplen el papel de proveedor en la familia— en todas las categorías de edad.

Efectivamente, de los 125 jefes de hogar encuestados, el 15% tenía entre 15 y 34 años de edad, seguido del 21,6% en el grupo de edad inmediatamente superior, es decir, entre 35 y 44 años.

Redes sociales

Al igual que las familias, las redes sociales son un recurso formidable para desentrañar la naturaleza particular de las comunidades o barrios en las que se desarrollan. Ambos constituyen las estructuras básicas que sostienen la vida social y política de la comunidad. En el caso de las redes, estas son formas no institucionalizadas pero permanentes de organización social, constituidas por los vínculos que las personas establecen para obtener los medios necesarios para su reproducción material, como para organizarse y llevar adelante su acción social y política.

Antes de presentar algunos datos de la encuesta, debemos señalar que se considera a una persona miembro de la red cuando es mencionada por el jefe de hogar al preguntársele con quién o quiénes se vinculan para realizar una serie de actividades necesarias para el desenvolvimiento cotidiano. Son personas que, además, no viven en el mismo hogar que el jefe, lo cual permite reconstruir las redes que funcionan fuera de la vivienda familiar y que se proyectan hacia la comunidad y otros puntos en distintas partes de la ciudad.

Una imagen sorprendente emerge de esta información. Una primera característica de las redes de los 125 jefes de hogar encuestados en los callejones del jirón Junín es que son 1320 personas las que forman parte de sus redes sociales. De ellas, casi el 50% conforman redes de mediano tamaño, es decir, tienen entre siete y 12 miembros; el 26,4% participa de redes grandes, entre 13 y 18 miembros; y el 4,8%, de redes consideradas muy grandes (más de 19 miembros). El tamaño de las redes, sin embargo, no tiene relación directa con la distancia hasta donde estas se extienden en la ciudad. Las redes grandes o muy grandes no son las que alcanzan mayores distancias ni las redes pequeñas están obligatoriamente concentradas en lo local. En el caso de jirón Junín, las redes se concentran mayoritariamente en el «barrio», donde se ubica el 72% de los vínculos y donde, por tanto, se construyen y concentran redes de todo tipo y tamaño.

El tamaño de las redes (medianas y grandes) y su concentración mayoritaria en el barrio sugiere una vida social intensa fuera del hogar. Las familias, además, son pequeñas, como vimos anteriormente. Los miembros de las redes viven mayormente dentro de un radio de acción que

tiene en el centro a sus hogares y se despliega por los estrechos pasadizos comunes de los callejones, las esquinas, las pequeñas plazuelas de las iglesias coloniales y las calles aledañas. Es aquí, en estos microespacios, donde ocurre la trama social y política del barrio, donde se construyen las relaciones cara a cara, se disputan los escasos recursos disponibles y se estructuran las redes de familiares, amigos y vecinos.

Cuadro 4. Redes sociales por lugar de residencia, 1995
(porcentajes)

Barrio de residencia	72.1
Otros barrios	23.3
Fuera de Lima	3.7
Fuera del Perú	0.9
Total	100

Fuente: Encuesta de Hogares y Redes, Lima, 1995.

La concentración de las redes en el barrio se explica, en parte, porque la pobreza restringe la posibilidad de pagar el costo del transporte público para movilizarse de un lugar a otro. El hecho de que solo el 55,4% de los miembros de las redes trabajen formal o informalmente abona en favor de esta variable. Pero también habría que tomar en cuenta la ubicación de estos barrios en el centro de la ciudad, muy cerca de mercados, plazas, paraderos de transporte y edificios públicos, donde encuentran posibilidades de algún tipo de ocupación o «cachuelo». Ambos factores acentúan el carácter sedentario y enraizado en lo local que caracteriza a estos barrios populares no solo en Lima sino en otras ciudades latinoamericanas, como Santiago de Chile (Espinoza, 1992).

Pero ¿qué características tienen los miembros de las redes de BA? Si los analizamos cruzando las variables «ocupación» y «sexo», de los 1320 miembros de las redes, emergen nuevos ángulos. Las redes tienen el 55,4% de sus miembros trabajando formalmente, la mayoría como trabajadores asalariados; el 44,6% restante se encuentra en condición de inactivos económicamente y por tanto dependientes de un ingreso que difícilmente generan. Si se

comparan estos índices con los de los jefes de hogar, se nota que los miembros de las redes son, en porcentaje, menos activos económicamente (55,4%) que el 69,9% de los jefes económicamente activos. Esto sugiere que buena parte de los vínculos de estos últimos se orientan a personas con igual o mayor necesidad de apoyo material.

Los datos también muestran que el 53,4% de las personas que constituyen las redes son mujeres, aunque el 68,9% de ellas se encuentra en condición económica inactiva, siendo las «amas de casa» la categoría más numerosa. Lo opuesto sucede con los hombres, que constituyen el 46,6% de los miembros las redes, pero laboralmente son el 83,2% activo económicamente.

Cuadro 5. Redes sociales. Ocupación por sexo, 1995
(porcentajes)

	Hombres	Mujeres	TOTAL
Económicamente activo	83.2	31.1	55.4
Trabajadores	13.1	3	7.7
Empleados	28.1	8.8	17.8
Artesanos	15.5	6.5	10.7
Profesionales y técnicos	13.1	4.8	8.7
Comerciantes	11.6	7.7	9.5
Servicios	1	0.3	0.6
Hombres de negocios	0.8	0	0.4
Económicamente inactivo	16.8	68.9	44.6
Retirados	10.7	1.8	6
Estudiantes	1.9	1.7	1.8
Amas de casa	1.9	64.9	35.4
Desempleado	2.3	0.5	1.4

TOTAL	100	100	100
--------------	------------	------------	------------

Fuente: Encuesta de Hogares y Redes, Lima, 1995.

Respecto al tipo de vínculos que se establecen al interior de las redes, la mayoría de ellos se construyen en distintas esferas de la vida «social», con personas calificadas preferentemente como amigos (38,4%) y vecinos (24,5%). Los vínculos sociales constituyen el 62,9% del total de relaciones presentes en las redes, seguido por el 30,9% de lazos de naturaleza familiar, y 6,2% de vínculos construidos en la esfera del trabajo o la política. Es decir, las redes de BA están formadas por vínculos sociales, familiares, laborales o políticos. Hay, no obstante, diferencias significativas en considerar a una persona «amiga» o «vecina», ya que al calificar de esa manera la naturaleza del vínculo se revelan distintos grados de cercanía, derechos y obligaciones mutuas.

La ausencia de experiencias históricas comunes en la formación del barrio y sus servicios básicos, así como la centralidad de la calle u otros espacios públicos en la vida social de la comunidad, ayudan a entender la importancia que tienen los «amigos» en las redes del jirón Junín. Los «amigos» —también llamados «yuntas», «patas» o simplemente «barrio»— son aquellos con quienes se comparte vínculos fuertes de camaradería y, por tanto, son depositarios de mayor confianza e intimidad. Se puede decir, entonces, que los amigos cercanos constituyen una especie de familia espiritual.

Los «vecinos», por el contrario, son aquellos con quienes se comparten los espacios reducidos y hacinados de las viviendas colectivas y muchas veces es con ellos con quienes se disputan los escasos servicios de agua y desagüe. Etnografías realizadas en callejones ubicados en barrios similares a los de BA, como los de La Victoria por Patch (1967) y el Rímac por Dean (1987), revelan las complejidades y ambigüedades de los vínculos de vecindad que se establecen al interior de las viejas viviendas colectivas del centro de la ciudad. Las disputas y hostilidades entre vecinos se combinan con la solidaridad comunal para labores puntuales del mejoramiento del hábitat.

Funcionamiento de las redes: la fuerza del vínculo

Esta investigación propone identificar algunos aspectos del funcionamiento de las redes mediante indicadores de fuerza y debilidad de los vínculos que establecen entre sí los

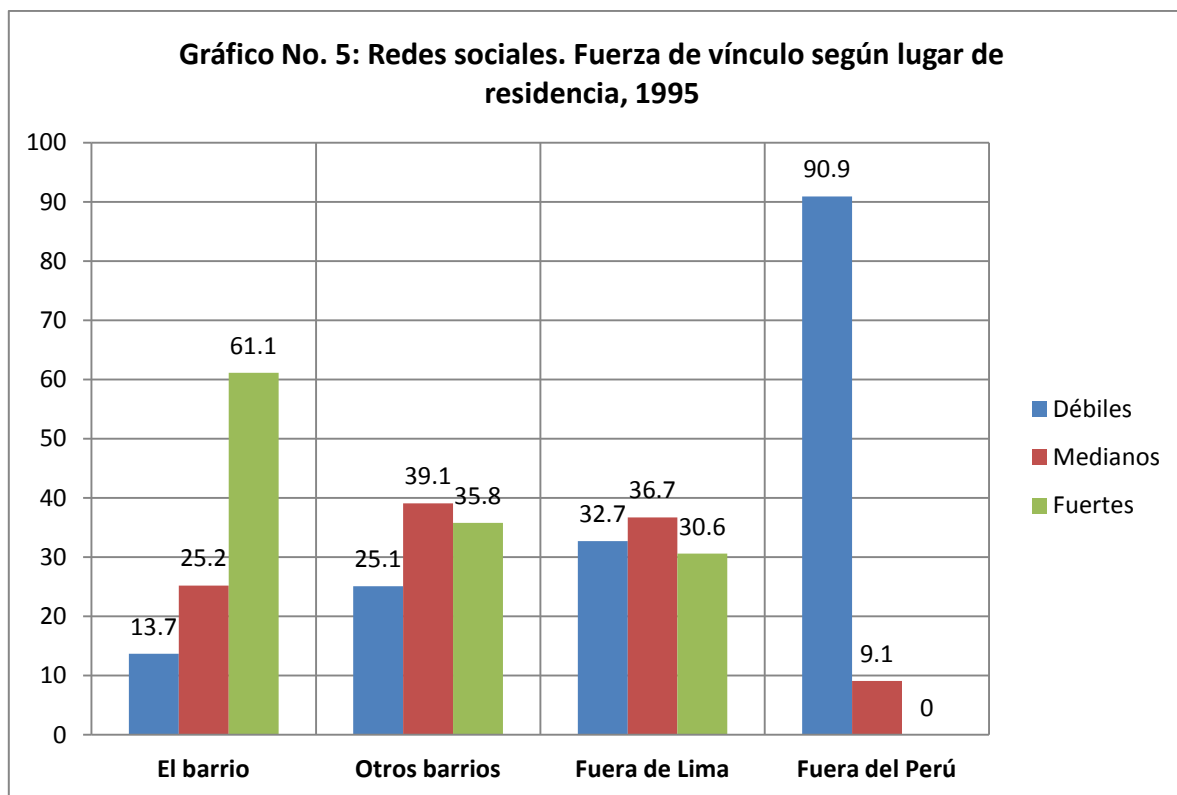
miembros de las redes. Al respecto, resulta de gran utilidad la propuesta del sociólogo Mark Granovetter (1982), quien afirma que la fuerza de un vínculo entre dos miembros de una red resulta de la combinación de los siguientes factores: tiempo compartido, confianza y reciprocidad en el intercambio. De esta manera, los individuos con mucho tiempo compartido, una gran confianza entre sí y con fluido intercambio recíproco forman vínculos denominados «fuertes». Lo opuesto sucede con aquellos miembros de una red con los que pasan poco tiempo juntos: no se tienen confianza y las relaciones son sobre todo instrumentales y no recíprocas; en consecuencia, se forman vínculos «débiles».

Lo interesante es que Granovetter propone un principio analítico que explica las propiedades que tienen estos vínculos fuertes y vínculos débiles. En efecto, una red de vínculos fuertes es un círculo muy cohesionado por lealtades y compromisos de grupo y con intercambios horizontales cerrados. La fuerte cohesión de grupo refuerza la confianza y solidaridad entre ellos e impide que los recursos disponibles salgan del entorno inmediato. Sin embargo, esta misma cohesión imposibilita que los miembros de la red puedan acceder a recursos e información ubicados fuera de esta red. Lo opuesto sucede con los vínculos débiles, que no suponen un fuerte compromiso emocional sino que, por lo general, son vínculos fríos e impersonales, de conveniencia e interés mutuo. Lo sugerente de esta propuesta es que algunos de estos vínculos débiles funcionan como «puentes» entre distintos grupos unidos por vínculos fuertes y permiten una mayor circulación de recursos, información e influencias. Los vínculos débiles permiten relacionar diferentes grupos y redes sociales y, por tanto, mayores posibilidades de acceder a flujos de recursos e información que no están disponibles en el entorno local. En esta capacidad de trasmisión radicaría el poder cohesivo comunitario de los vínculos débiles.

En esta investigación, siguiendo en parte la propuesta de Granovetter, presentamos indicadores sobre la fuerza o debilidad de los vínculos en BA. Para ello, se han tomado en cuenta tres variables: las frecuencias de contacto que establecen los miembros de las redes, el grado de confianza que existe entre ellos y el patrón de visitas a sus respectivos hogares. Las dos primeras variables son las mismas que las propuestas por Granovetter, mientras la última es una opción tomada por nosotros ante la imposibilidad de contar con un indicador de reciprocidad consistente. La confianza es un factor clave en la definición operativa de la fuerza

del vínculo, ya que un alto nivel de confianza está asociado, por lo general, a vínculos fuertes; mientras que escasa o nula confianza, a vínculos débiles.

Al cruzar las variables «frecuencia de contactos», «nivel de confianza» y «patrón de visitas», se pudieron calcular los indicadores de la fuerza del vínculo. Los datos muestran que el 61,1% de todos los vínculos que se construyen en el barrio son considerados fuertes; mientras solo el 13,7%, débiles. La abrumadora presencia de vínculos fuertes sugiere que las redes están fuertemente cohesionadas por lealtades y códigos de pequeños círculos o grupos. Pero al mismo tiempo son redes poco flexibles en sus relaciones con otros grupos o redes similares que existen en el barrio y en sus alrededores.



Fuente: Encuesta de Hogares y Redes, Lima, 1995.

En suma, esta sección muestra que las redes están presentes en la vida social del barrio. Las redes tienen numerosos miembros y vinculan mayormente diversas familias nucleares entre sí, pero que frente a la pobreza no han intentado como estrategia de sobrevivencia constituir familias extensas o complejas, como sí parece ser el caso en los barrios y distritos periféricos de la ciudad. Las redes, además, están firmemente concentradas al interior de las fronteras locales

del barrio, sobre todo en los patios y pasadizos de los callejones y solares, en las estrechas calles, en las esquinas fronterizas y en las pequeñas plazuelas de las iglesias coloniales. En estos reducidos espacios, amigos, parientes y conocidos desarrollan una intensa vida social, con contactos frecuentes, muchos de ellos difíciles de evitar, que dan oportunidad para desarrollar vínculos de «mucha confianza», pero también de sospecha y conflictividad. Por este motivo, los vínculos que predominan en las redes se establecen preferentemente con los «amigos», personas de mucha confianza y con los cuales, frente a las necesidades cotidianas, se desarrollan pequeños pero frecuentes intercambios recíprocos de alimentos y dinero.

Los vínculos fuertes cohesionan las redes de BA con elaborados compromisos culturales que garantizan la replicación de las lealtades y la reciprocidad de los intercambios. Sin embargo, como sugiere Granovetter, las redes de vínculos fuertes no favorecen la integración general de la comunidad, ya que por su naturaleza de pequeño clan reducen las posibilidades de ampliar los contactos con otras personas e impiden acceder a otras fuentes de recursos e información.

Las redes en las que predominan los vínculos fuertes son aquellas estrechamente cohesionadas hacia dentro del grupo, pero con pocos vínculos hacia afuera del barrio. A esto hay que agregar que en un contexto signado por la pobreza y escasez de recursos, las lealtades y compromisos mutuos son sometidos al permanente escrutinio y vigilancia, por lo que los vínculos fuertes se convierten incluso en frágiles y quebradizos si las promesas no son cumplidas, todo lo cual alimenta la conflictividad, inestabilidad y los giros repentinos en las relaciones entre las personas. En suma, la imagen que emerge de BA es la de un barrio con numerosas redes o círculos de amigos que tribalmente comparten y disputan entre sí los escasos bienes materiales disponibles en el vecindario.

REFLEXIÓN FINAL

Lima, en la segunda mitad del siglo XX, se ha transformado en una metrópoli laberíntica, caótica y diversificada. La ciudad criolla y centralizada que describimos en un artículo previo (Panfichi, 1995), producto de un explosivo crecimiento urbano, se ha transformado radicalmente y ha dado lugar a un extenso conglomerado que en forma desordenada combina diversos núcleos urbanos con áreas y funciones diversificadas. En este conglomerado laberíntico, el centro histórico y los distritos consolidados han perdido el monopolio de la función de centro económico, político y cultural del país, en favor de nuevos centros ubicados

tanto en los nuevos suburbios de las clases medias y altas como en la otrora periferia popular, hoy llamada Lima Norte o Lima Sur.

En este proceso, los barrios y distritos del centro histórico se convierten en zonas de emigración y estancamiento demográfico, mientras el resto de la ciudad crece vigorosamente por acción de las oleadas migratorias provenientes de las distintas regiones y culturas del país. La morfología de Lima como un espacio fragmentado tiene que ver con este proceso simultáneo de estancamiento y crecimiento. Pero la fragmentación no se queda allí, es aún más profunda y se extiende a la escala micro de convivencia social. En efecto, al interior de los distintos núcleos o áreas coexisten numerosas sociedades de pequeño grupo, microsociedades cerradas y fuertemente cohesionadas por vínculos de vecindad, clase, parentesco, hermandad y estilos de vida. Se trata de sociedades de pequeño grupo donde la confianza es particularizada y coexiste con la desconfianza general hacia otros grupos, barrios, el Estado o las autoridades.

Este trabajo sobre un barrio emblemático de los BA muestra precisamente las características contemporáneas de los barrios populares del Centro de Lima. Una mirada de sociología e historia de una de las zonas más antiguas de la ciudad permite, finalmente, dejar de lado el legado de la cultura de la pobreza en la antropología y sociología urbana del Perú. No hay barrio de la desesperanza y el conformismo sino una comunidad que se renueva demográficamente y lucha vitalmente con sus redes de amigos y parientes para sobrevivir e incluso progresar. ¿Que si la calle es dura? Sí, definitivamente las calles de Barrios Altos son duras y vitales.

BIBLIOGRAFÍA

- Cabrera, Eusebio (1991). *Estudio de intervención de tugurios en el centro histórico de Lima*. Lima: Patronato de Lima.
- Chirinos, Luis (1996). Barrios céntricos de inquilinato en Lima. En Harms, Ludeña y Pfeiffer (eds.), *Vivir en el «centro». Vivienda e inquilinato en los barrios céntricos de las metrópolis de América Latina*. Hamburgo: Technische Universität Hamburg-Harbur.
- Dean, Bartholome (1987). «Life in a Callejon: the Inner-City Poor of Lima, Peru». Tesis de Maestría en Filosofía y Estudios Latinoamericanos. St. Antony's College, University of Oxford.
- Dekker, Marcel (1997). *Inquilinato en los tugurios de Lima*. Edición a mimeógrafo. Ámsterdam: Universiteit van Amsterdam.
- Granovetter, Mark (1982). The Strength of Weak Ties A network theory revisited. En Lin y Marsden (eds.), *Social Structure and Network Analysis*. California: Sage Publications.

- Harms, Hans, Wiley Ludeña & Peter Pfeiffer (1996) *Vivir en el «centro». Vivienda e inquilinato en los barrios céntricos de las metrópolis de América Latina*. Hamburgo: Technische Universität Hamburg-Harbur.
- Instituto Nacional de Desarrollo Urbano (Ministerio de Vivienda) (1983). *El problema de las áreas tugurizadas centrales de Lima: diagnóstico, evaluación y lineamientos*. Lima: s.e.
- Instituto Nacional de Estadística e Informática (INEI) (1997). *Tendencias del crecimiento demográfico de Lima Metropolitana*. Lima: INEI.
- Osorio, Serafín (2005). «La formación del espacio urbano y la constitución de una clase media emergente. El caso del distrito de Los Olivos en el Cono Norte». Tesis de Sociología. Pontificia Universidad Católica del Perú.
- Panfichi, Aldo (1995). Urbanización temprana de Lima, 1535-1900. En Panfichi y Portocarrero (eds.), *Mundos interiores de Lima*. Lima: Universidad del Pacífico.
- Panfichi, Aldo (2001). «Political Opportunity, Household and Networks among the Urban Poor: Lima 1970-1999». Tesis de Doctorado. New School for Social Research.
- Salazar, Ricardo & Mario López (1975). «Renovación urbana de Barrios Altos». Dos tomos. Tesis de Arquitectura. Universidad Nacional de Ingeniería.